

únicos compañeros que en la falda del monte se albergaban. Según su costumbre al oscurecer lanzarían los chacales su lúgubre concierto de ladridos, que suele durar bastante rato, y éste y los rugidos de los demás animales que salían, reñían, entraban o descansaban en sus grutas, sería lo único que perturbaría el silencio de aquella montaña.

Desde la cumbre vería el Salvador las turbas que a lo largo del Jordán seguían acudiendo a ser bautizadas por su Precursor, que perseveraba más celoso aún, preparándole con su predicación el camino, y se conmovió su Corazón divino contemplando la necesidad que el orbe entero tenía de su doctrina y de su gracia.

Por él, por redimirlo, y por darle ejemplo de mortificación y penitencia, ayunó cuarenta días y noches, sin tomar en ellos absolutamente nada.

No sintió, sin embargo en todo este tiempo el hambre, y sostúvose milagrosamente, sin duda, en la vida, muy superior a aquellos santos que duraron en éxtasis largo tiempo, sin sentir hambre, ni sed, ni fatiga en medio de sus raptos...

Pero después de pasados los cuarenta días sintió el efecto del ayuno, y tuvo hambre y de seguro sed y debilidad y fatiga intensa y extraordinaria. El que vino a darnos ejemplo de vida nos enseñó la penitencia, a buscar la soledad y el retiro con Dios, a privarnos a tiempo de las delicias aun lícitas de la vida, a sufrir hambre y sed cuando sea voluntad de Dios.

Durante todos aquellos días oró el Salvador continuamente, y oró, sin duda, por nosotros, y suplicó por toda la humanidad prevaricadora para que el Padre tuviese de ella compasión y se salvaran los hombres más pecadores, mediante el apostolado y la redención a que Jesucristo en aquel retiro se estaba preparando.

#### 47. LA TENTACIÓN

(L. 4, 3-13; Mc. 1, 13; Mt. 4, 3-11)

Pero más que los ayunos, y el hambre, y la oración de Jesucristo parece que nos indican el amor que nos tuvo, la humillación a que por nosotros quiso sujetarse, de dejarse

tentar, por la más abyecta criatura que es el Demonio, por su más abominado esclavo el Diablo.

Tal fué Satanás.

Muchos son los nombres que recibe en la Sagrada Escritura. Además de su nombre de Satanás o adversario y mal enemigo, es llamado demonio (sabio), nombre que los griegos daban a divinidades o seres intermedios entre los dioses y los hombres, fuesen malos o buenos, diablo, calumniador, belzebú (dios de las moscas, de la mansión o del sacrificio), dragón o serpiente antigua, tentador, maligno, adversario, espíritu inmundo, príncipe de las tinieblas, malicia espiritual, belial.

Angel un tiempo del cielo y dotado de singulares prerrogativas naturales y de gracia abundantísima según nos enseña la Sagrada Teología, pecó en el tiempo de la prueba y el camino de la gloria, y como dice San Judas, no supo conservar su principado, y fué derrocado al infierno con todos los compañeros de su prevaricación y rebeldía. Parece lo más probable que la culpa que cometió consistió en creer que él mismo sin auxilio ninguno del Omnipotente, y sin necesidad de gloria y dicha sempiterna se bastaba á sí mismo para su felicidad natural, sin necesidad de sujetarse a los mandamientos que también a él como a nosotros le puso Dios como prueba para admitirle o no en la gloria.

Sea de esto lo que quiera, lo que no puede negarse es que se rebeló y negó a obedecer y servir a Dios, que pecó, que fué condenado, que vive con innumerables compañeros de su rebeldía en el infierno, que conserva sus eminentes talentos y facultades naturales, que, permitiéndolo Dios, tienta a los hombres y los incita al mal y ejerce en el mundo no pocas veces su acción y aplica sus facultades y sus artes para molestar al género humano; que él fué quien hizo prevaricar a Adán, y quien hace prevaricar a otros muchísimos hombres con sus artificios, y valiéndose de los atractivos del mundo, de las concupiscencias de nuestra carne, defectos de nuestro espíritu y debilidad de nuestra caída naturaleza.

Sin duda que estaría curiosísimo y deseando saber cuándo vendría el que había de redimir al mundo y ser el Me-

sías de Israel. No por ser demonio y sabio conoce todas las cosas, ni todo lo que pasa en la tierra. Sujeto en el infierno sabe todo lo que la Providencia sapientísima de Dios le quiere permitir conocer y nada más.

Tal vez, suponiéndolo así Dios, sabía las cosas del Mesías solo a medias y muy en vago, tal vez ignoraba si el Cristo había de ser Dios o no había de serlo; según nos enseñan muchos de nuestros Santos Padres, no sabía que Jesús de Nazaret fuese ni el Mesías, ni Dios, y si bien cuanto le permitió ver Dios, había visto en aquel joven muchas señales extraordinarias, bastantes para creer que era un ser superior a los demás hombres, pero todavía faltábale por conocer mucho que Dios no le descubría, ni le permitía ver en el Nazareno.

Pues bien, Jesús, nuestro modelo, que sabe cómo los hombres estamos sin cesar expuestos a las tentaciones del Demonio, quiso para darnos ánimo, esfuerzo y ejemplo, dejarse tentar también él por este vil y maligno enemigo de la humanidad.

Deseando, pues, averiguar si en efecto Jesús de Nazaret era hombre o más que hombre, como sospechaba, y resuelto si era hombre, por escogido que fuese, a hacerle caer en pecado, si podía, como lo consiguió con Adán, a pesar de ser tan privilegiado, se acercó a Jesús en el desierto, y todos aquellos días más o menos le estuvo tentando de varias maneras, según nos indican los Evangelistas.

Pero especialmente nos cuentan tres tentaciones, que sin duda debieron ser las principales de todas las que en aquel desierto experimentó.

Aunque es un misterio todo lo que a las tentaciones de Cristo se refiere, debemos advertir que Jesucristo no pudo ser tentado del todo como nosotros.

Sus tentaciones no pudieron ser interiores. En nosotros la tentación muchas veces nace toda ella de dentro, de nuestras concupiscencias, que sin poderlo nosotros remediar ni prevenir se lanzan a los bienes ilícitos, sin esperar el dictamen de la razón. Y si bien el varón justo reprime luego este lanzamiento de nuestras pasiones y las recoge y retira, pero no es sino después de los primeros movimientos. Otras veces, cuando la tentación viene de fuera,

también sin poderlo remediar, a no ser que seamos muy virtuosos, de seguida se levanta ciego el ímpetu de la concupiscencia, empujándonos al deleite prohibido, y además del objeto y de la fantasía nos tienta el mal apetito, rebelde después del pecado original.

No así en el Adán primero, cuyas concupiscencias estaban sujetas a la razón, y solo cuando ésta lo permitía se movían. Y mucho menos en Jesucristo nuestro segundo Adán, en quien por no haber fómite del pecado, por estar las pasiones del todo sujetas a la razón y a la santidad del Verbo, no pudo haber tentación que procediese del interior de sus pasiones rebeladas, sino solo tentación que procediese de la proposición del demonio o de la presentación de los objetos con sus atractivos.

También hay que advertir otra cosa, y es que Jesucristo era impecable. Mas no por eso se debe creer que Jesucristo no luchó y venció en las tentaciones. Aquí ciertamente está el misterio profundísimo, pero cierto: Jesús luchó entonces, como luchó después en la *agonía* o lucha del huerto, y en otras ocasiones. No la Divinidad, pero sí la Santa Humanidad se vió en el Desierto acometida por la tentación del demonio como en seguida veremos; y si bien protegiendo a la Humanidad estaba la Divinidad, el Verbo, que de ninguna manera podía dejar que la humanidad fuese vencida, pero sí que fuese combatida, que luchase, que ella misma venciese, la dejó sin duda luchar y vencer; a fin de que el demonio que en el Adán Viejo nos había vencido a todos los hombres, en el Adán Nuevo, en Jesucristo, hombre verdadero y perfecto, fuese vencido a su vez por todos nosotros, en Jesucristo, que es la cabeza de todos los que con él estamos unidos por la gracia y redención.

Pues bien, después de pasados los cuarenta días, después de haberle tentado de otras muchas maneras, cuando Jesucristo empezó a sentir la fatiga, la debilidad, el hambre de toda aquella cuaresma «se le acercó el tentador y le dijo:

—»Si eres Hijo de Dios, dí que estas piedras se conviertan en panes.

»Le respondió Jesús y dijo:

—»Está escrito: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios».

Quería el Demonio por un lado averiguar si realmente Jesús era el Hijo de Dios, y por otro hacerle desistir por sí y a su gusto de aquel ayuno, fuese o no fuese aquella la voluntad de Dios. Quería además, para pasar a otros pecados más grandes, inducirle por lo menos a la gula, y tentarle y ver cómo estaba en este punto, cosa que le pareció fácil después de aquel ayuno.

Mas el Salvador le respondió sabiamente de manera que ni averiguase si realmente era Hijo de Dios, ni le apartase de la mortificación a su capricho, ni le hiciese caer en la gula, ni en la jactancia y vana ostentación de su dignidad ante el demonio, que si conseguía aquella, tal vez pequeña victoria, le iba un poco más tarde a presentar otras nuevas luchas con ella escalonadas.

Por eso haciéndose el desentendido acerca de aquello «si tú eres Hijo de Dios» pasó a lo segundo y le confundió diciéndole: Tú al decir que para salir de mi hambre conviértelas piedras en pan, no sabes lo que dices. Mira, la Sagrada Escritura te confunde, porque dice muy bien que el hombre para sustentarse no necesita de pan, puede alimentarse de otras mil cosas que la palabra de Dios le puede proporcionar, si quiere, como proporcionó a los israelitas el maná, para que viesen que no solo de pan sino de todas las disposiciones que brotan de los divinos labios, puede el hombre alimentarse. Además antes que el pan para el cuerpo, debe buscarse la palabra de Dios, la voluntad de Dios para el alma, pues ella es el primer alimento del hombre.

Callóse el Demonio a esto, pero «entonces tomó a Jesús y lo llevó a Jerusalén la Ciudad Santa, y lo puso sobre el pináculo del templo y le dijo:

«—Si eres Hijo de Dios échate de aquí abajo. Porque está escrito, que ha ordenado a sus ángeles acerca de tí, que te conserven y que te lleven en las manos, para que no tropieces con tu pie en la piedra.

»Y le dijo Jesús:

»—También está escrito: No tentarás a tu Señor Dios».

Otra vez intentó aquí averiguar si era el Hijo de Dios, y al propio tiempo quiso inducirle a la ambición y abuso de la gracia divina. Arrojándose de aquella altura y cayendo por los aires en manos de los ángeles se hubiera mostrado verdadero Mesías al mundo, y todo el pueblo le hubiera aclamado.

Es admirable que Jesús se hubiese dejado arrebatarse del Demonio, quien según dice el Evangelio, lo tomó, y lo tomó levantándolo, y lo colocó en el templo. Es tal este atrevimiento del demonio, que algunos Santos Padres y teólogos no se pudieron persuadir que Jesús se dejase tratar y llevar realmente por el Demonio, sino solo con el pensamiento y la sugestión. Pero los Evangelistas parecen indicarnos bastante, que así como después se dejó azotar y abofetear por los malvados, así ahora se dejó realmente llevar por el Demonio.

Púsole éste en uno de los pináculos del templo, no dice el Evangelio en cuál de ellos, tal vez en el ángulo que miraba al torrente Cedrón, desde donde sobre el valle se levantaba el pináculo a plomo de manera que, aun naturalmente, causaba vértigo la mirada.

La tentación estaba muy bien puesta. Confirmada con palabras de la Escritura, aunque algo desfiguradas, como notan los expositores. Porque las palabras citadas por el diablo, no dicen simplemente «Dios ha mandado a sus ángeles que te cuiden», sino que dicen «que te cuiden en tu camino», indicándonos que no debemos salir del camino que la providencia nos señale, ni prometernos su auxilio en cualquier sendero que imprudentemente elijamos.

La victoria fué sencillamente obtenida con otra respuesta sapientísima sacada, como la primera, de las divinas letras y sumamente acomodada a la tentación. Dios sí, promete guardarnos y nos guarda por sus ángeles, cuando nosotros vamos por el camino que es razonable y natural, pero no cuando, sin llamarnos él, nos lanzamos por peligros y precipicios, con presunción de su providencia extraordinaria. A Dios no le hemos de exigir milagros. El los hará cuando quiera y le parezca conveniente. No debemos tentarle.

Vencido segunda vez el demonio, no por eso dejó de

pasar al tercer ataque que traía preparado, sino que desesperado armó el último y más fuerte de sus engaños.

Dice así el Evangelio:

«Otra vez lo cogió el diablo para un monte muy alto, y le mostró desde allí todos los reinos del orbe de la tierra y la gloria de ellos en un punto de tiempo. Y le dijo:

—«Todas estas cosas, todo este poder, y la gloria de todo esto te daré, si postrado me adoras; porque todo ello se me ha entregado, y lo doy a quien quiero. Pues bien, si me adoras, todo será tuyo».

Magnífica tentación. Le llevó el diablo a un monte alto. Allí por arte de sus prodigios y apariencias diabólicas reunió en un espléndido panorama y en una visión maravillosa toda la pompa y magnificencia que se podía uno figurar en todos los reinos, palacios, dominios y cortes de la tierra. Todo esto lo mostró para que hiciese más ilusión, causase más envidia, y engañase mejor, si se podía, en una *estigma* de tiempo, como decían los griegos, en un punto, en un momento solo, como ráfaga tentadora que desea uno volver á mirar, y parece tanto más maravillosa cuanto más fugazmente se la ha visto. Y luego propone la tentación.

Aparece ya perturbado el diablo, quita ya su disfraz y su hipocresía. La serenidad del joven Nazareno, le ha desconcertado; su sencillísima y natural manera de vencer, sin aspavientos, sin aparato, sin nada de lo que de un aspirante a Mesías, de un Rey, de un Hijo de Dios podía el diablo temer, y al mismo tiempo con una impavidez y seguridad que tampoco se podía esperar de un hombre, de lo cual él tenía larga experiencia, lo precipitaron y empujaron a proponer la última atroz tentación en la que se descubrió a sí mismo del todo, tan soberbio y fatuo, tanpreciado de sí mismo, y deseoso de ser adorado, después de ser condenado, como cuando estaba en el cielo a la puerta de la gloria.

Si Jesús hubiera cedido algo en las primeras tentaciones, la gradación y el golpe estaba muy bien preparado. De la primera tentación, que no parecía incluir gran malicia, lo hubiera conducido por la segunda, que ya era más abiertamente maliciosa, a esta tercera, que era la apostasía

manifiesta. Como no le salió lo que meditaba, aunque el golpe no estaba preparado, sin embargo, cegado de su soberbia lo quiso dar, y prometió a Jesús, lo que no podía cumplirle con una sarta desvergonzada de mentiras, de engaños y fantasmagorías, que a un hombre defectible hubieran engañado fácilmente y tentado horriblemente, pero no a Jesús que sabía muy bien lo que eran todas aquellas visiones y apariencias de luces fatuas y decoraciones fantásticas.

Irritado el Señor de la monstruosa perversidad y repugnante soberbia de aquella criatura, lo arrojó de sí para no permitirle ya más atrevimientos por entonces, y le dijo indignado y con sumo desprecio:

«—Vete de ahí Satanás. Porque está escrito: A tu Señor Dios adorarás y a él solo servirás».

«Entonces, acabadas todas las tentaciones, el diablo se retiró de él hasta otro tiempo, y al punto los ángeles se acercaron y le sirvieron».

No sabemos hasta cuándo se retiró Satanás, pues no lo dicen los Evangelios, pero esta frase de San Lucas nos indica que después en su vida no le faltaron otras tentaciones del demonio, sobre todo en Getsemaní y en el Calvario, y que esta retirada fué solo un tiempo de descanso para el que vino a luchar con el príncipe de los ángeles malos, y vencerlo, así como Adán también tuvo que luchar con el mismo adversario, aunque fué por él vencido.

Cuando el primer padre de los hombres fué derrotado, los ángeles bajaron del cielo y le cerraron las puertas del paraíso; cuando nuestro segundo Adán y verdadero padre Jesucristo quedó triunfante del enemigo infernal, príncipe de los ángeles malos, los ángeles buenos, que vieron su victoria, bajaron del cielo, y se acercaron a él y saludándolo, como a rey, lo rodearon y le sirvieron.

En esta ocasión Nuestro Señor nos presenta todo un tratado acerca de las tentaciones. Quiso él ser tentado para que experimentando en sí mismo las tentaciones se moviese mejor a darnos en ellas su auxilio y prestarnos su compasión; para que estuviésemos con cautela viendo que nadie, por santo que sea, se libra en esta vida de tentaciones; para que no nos avergonzásemos de sufrir tentaciones,

pues él mismo las sufrió y luchó con ellas; para que recibiésemos ejemplo de cómo las habíamos de vencer y confianza en que nos había de ayudar en el combate.

Fué tentado en las tres principales concupiscencias del hombre, según las señaló San Juan, en los placeres, en la soberbia, y en la codicia.

En fin, en el modo con que el demonio le tentó y en la manera con que Jesús lo venció, se nos enseña el modo en que nosotros hemos de ser tentados y la forma en que hemos de vencer las tentaciones.

Luchemos como Nuestro Redentor y venzamos como él, para que, huído el demonio, vengan a recogerlos los ángeles y con ellos en las sillas del cielo, que Satanás y los suyos rebeldes perdieron por su culpa, participemos del banquete de la gloria.

#### 48. TESTIMONIO DEL BAUTISTA

(J. I, 19-28)

Mientras Jesucristo estaba en el monte haciendo penitencia y venciendo al demonio, Juan seguía su misión y predicaba y bautizaba y exhortaba a todos a prepararse a la venida del Mesías que se iba a presentar al mundo a redimirlo, y anunciaba la salud de parte de Jehová a aquel pueblo enfermo, oprimido y degradado.

Como entonces bullía por todas partes la esperanza del próximo advenimiento del Mesías, todo el mundo volvía ansioso los ojos hacia donde se presentase un hombre cualquiera de algunas cualidades extraordinarias.

El Bautista estaba sin duda dando muchísimo que hablar por toda la Judea. Es verdad que no hacía ningún milagro. Providencia de Dios, que reservaba entonces este don a Jesucristo, para que se diferenciase bien el Cristo de su Ángel y Precursor. Pero por otra maravilla no menos estupenda, logró con su santidad y sin milagros que se le tuviese por un hombre extraordinariamente extraordinario, y tal que ¿quién sabe si sería el Mesías?...

Estaban los Fariseos y Saduceos y Príncipes de Israel alejados del Bautista, e irritados con él, no solo por su soberbia, sino también por las durísimas increpaciones que

desde el principio les había San Juan públicamente dirigido. Teniales inquietos la popularidad, la fama y el éxito que el Bautista lograba en el pueblo. Por otra parte veíanse en el deber de averiguar si aquel hombre era realmente el Mesías, como empezaba a decir el pueblo, o al menos quién era y con que autoridad procedía. Reunióse, pues, el Sanedrín, o Senado de los Judíos, y después de haber tratado este punto nombraron una comisión de Sacerdotes y levitas que fuesen a enterarse de su parte con toda formalidad de lo que era aquel hombre del Desierto. Y en efecto, llegaron los comisionados y le preguntaron:

«—Tú ¿quién eres?» ¿Eres el Mesías, como andan diciendo?»

«Y confesó San Juan, y no negó, confesó y dijo:—Yo no soy el Cristo.

«—Pues ¿qué? ¿eres Elías?—No soy.

«—¿Eres el Profeta?—No.

«—Pues ¿quién eres? para que llevemos la respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de tí mismo?»

«—Yo soy voz que clama en el desierto y dice: preparad el camino del Señor, como dijo el Profeta Isaias».

Preguntáronle si, ya que no era el Mesías, era al menos Elías, por la creencia en que muchos estaban de que había de venir el gran profeta Elías, y otros distinguidos personajes como comitiva del Mesías.

Preguntáronle si era el Profeta, porque Moisés les había prometido que vendría un profeta especialmente enviado y escogido de Dios, que los judíos, unos creían que era el Mesías, y otros que sería otro distinto del Mesías, pero uno de los principales, ó el principal de su corte regia.

Mas el Bautista con secas y cortadas respuestas, les fué paso a paso respondiendo y confundiendo, sin decirles ni más ni menos que lo que le preguntaban.

Entonces los enviados de los Fariseos, para llevar alguna respuesta más satisfactoria y completo informe de lo que se les había encargado, pasaron a otro punto y le dijeron:

«—¿Cómo, pues, bautizas, si tú no eres ni el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?»

»Y respondió Juan diciendo:

«—Yo bautizo en agua, pero en medio de vosotros ha estado uno a quien vosotros no conocéis. Ese es el que había de venir en pos de mí, el cual fué engendrado antes que yo: a quien yo no soy digno de soltar la correa de su sandalia».

Es decir: yo bautizo en agua porque soy enviado del que ha de venir en pos de mí, pero que ya existía antes que yo. Este me ha enviado a bautizar con agua, pero ya él ha de venir a bautizar en Espíritu Santo, o mejor ya ha venido, y ha estado en medio de vosotros, aunque vosotros no le habéis conocido. Y es tan superior á mí, para que veáis que no soy yo el Cristo, que yo no soy digno ni de servirle como los esclavos, que a sus amos cuando entran en la sinagoga o en su casa les sueltan las correas de las sandalias.

#### 49. EL CORDERO DE DIOS

(J. 1, 29-34)

Todo esto sucedía en Betania, la que estaba más allá del Jordán, donde solía bautizar Juan, no en la otra Betania que está próxima a Jerusalén, donde Jesús había de resucitar a Lázaro. Y sucedía cuando Jesús vencedor ya de las tentaciones del diablo, y terminada su penitencia bajaba por las precipitadas y escarpadas rocas del monte de la Cuarentena. Bajaba con intención de volver a Galilea, y entre varios caminos escogió uno de los mejores, el que vadeaba el Jordán por aquella Betania (casa de la barca) en que Juan estaba bautizando.

Y partida ya la comisión de Jerusalén estaba el Bautista con sus discípulos, tal vez haciendo comentarios sobre lo que el día anterior le habían preguntado los judíos, y explicando más y más lo que era el objeto de sus predicaciones, y cómo él no era el Cristo, cómo éste era mucho más santo y digno que él, cómo había de redimir al mundo, cómo ya había estado en medio de ellos, sino que ellos no le habían conocido..., cuando he aquí que de repente aparece Jesús a lo lejos y se viene acercando a ellos de la parte del monte de la Cuarentena.

Entonces Juan apenas le vió, señalándole con el dedo, dijo:

«—He ahí el Cordero de Dios, he ahí el que quita el pecado del mundo. Ese, ese es aquél de quien os estaba diciendo: en pos de mí viene un varón que ha sido engendrado antes de mí, porque existía antes que yo. Y yo no lo conocía, pero precisamente para que fuese manifestado a Israel para eso he venido yo bautizando con agua».

Lo llama Cordero de Dios, porque tenía Juan verdadero conocimiento de la misión de Jesús, y sabía por revelación divina, que aquél más que a revestirse de gloria mundana y a obtener victorias de armas y derramar sangre de conquistas, como creía el pueblo material de los judíos, venía a triunfar del pecado, a destruirlo; y a triunfar y destruirlo siendo víctima por el pecado sacrificada, verdadero cordero pascual, puesto que los corderos que en la pascua a Jehová se sacrificaban, no eran sino figura de otro Cordero de inestimable e infinito valor, en cuya sangre nos habíamos de lavar nuestra vestidura todos los que esperamos entrar en el cielo con la veste de la gracia limpia de tantos pecados como hemos cometido, y que solo con esta sangre pueden lavarse. Este y no los otros era el verdadero Cordero que quita los pecados, que se los carga sobre sí, que los lleva en sus candidísimas vedijas al sacrificio, que los destruye consigo y con su muerte, para que nosotros, por él libertados, aparezcamos inocentes y nos salvemos.

Y para confirmar lo que decía, dió Juan su testimonio, diciendo:

«—Yo ví al Espíritu bajar como paloma del cielo, y se posó sobre él. Y yo no le conocía; mas el que me envió a bautizar en agua, me dijo: aquel sobre quien veas descender el Espíritu y posarse en él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo: yo ví y dí testimonio de que ese es el Hijo de Dios».

Hermosísimo testimonio, en el cual el Bautista nos dice que Jesús es el Cristo, que es la víctima expiatoria de nuestras culpas y destinada al sacrificio, que es el autor de un bautismo superior al suyo, y verdadera regeneración y santificación del hombre mediante el Espíritu Santo, y en fin, Hijo de Dios. No se dieron cuenta todavía los discípulos y oyentes de Juan de la profunda doctrina que les explicaba, pero el Precursor ponía claramente desde el principio y

antes de la predicación de Jesús los fundamentos de todo el Evangelio y designaba netamente las cualidades del Mesías que se presentaba ya al mundo.

#### 50. LOS PRIMEROS DISCÍPULOS

(J. 1, 35-51)

Debió pasar Jesús de largo sin detenerse a hablar con Juan, con quien habló poquísimos, y tal vez solo cuando fué a ser bautizado, al menos que sepamos nosotros. Quizá lo ordenaba así la providencia de Dios, para que no se pudiese decir que estaban confabulados y convenidos para engañar al pueblo y obtener el gobierno y la autoridad.

Acaso Jesús había pasado aquella noche retirado en el campo, en una de las grutas que por allá abundan, y donde el Bautista y sus discípulos y otros que venían a hacer penitencia pasaban dedicados a ella días y noches.

Y al día siguiente a cosa de las diez, que en la manera de contar de los judíos es a las cuatro, estaba el Bautista con dos de sus discípulos, en el campo de Betania. Uno de estos dos era Andrés, y otro, aunque el Evangelista no se nombra a sí mismo, era el mismo Juan Zebedeo que nos refiere lo que vió y lo que con él mismo pasó aquella tarde de su vocación, para él de indeleble memoria y dulcísimo recuerdo.

Estaban los tres juntos, y es muy fácil que estuviesen comentando el suceso del día anterior, y hablando del Cordero de Dios que habían visto, y de su presencia, de sus atractivos, de lo que sucedió en el bautismo, de su patria y padres y otras cosas, puesto que es indudable que la palabra del día anterior de San Juan debió conmover profundamente al auditorio y sobre todo a sus discípulos.

Y estando así los tres juntos, de nuevo pasó Jesús ante su vista, y dijo Juan:

«—¡Allí va el Cordero de Dios!»

Esta vez los dos discípulos que le oyeron, tomando sin duda consejo y aprobación de Juan su Maestro se levantaron y siguieron a Jesús. Volvióse Jesús y viendo que le seguían, les dijo:

«—¿Qué buscáis?»

»Y ellos le respondieron:—*Rabbi* (que significa Maestro) ¿dónde vives?

»Y les dijo:—Venid y veréis».

Fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él aquel día. El sitio donde vivía en aquel desierto, no podía menos de ser una hendidura, una grieta de alguna peña, o tal vez alguna choza de ramas, sin más cama ni alfombra que la hierba y el manto que tendería Jesús para reclinarse en el suelo.

Lo que allí hablaron, lo que ellos preguntaron y escucharon, la afabilidad con que trató Jesucristo a los que habían de ser discípulos distinguidos suyos, y el uno, el discípulo amado de aquel nuevo y extraordinario Maestro, no nos lo dice San Juan, pero es cierto que quedaron prendados de Jesús y convencidos ya, por su trato y experiencia, de que él era el Mesías.

Tanto que el uno de ellos, San Andrés, no pudo contenerse y al día siguiente fué a su hermano que era Simón y le dijo:

«—Hemos hallado al Mesías.

»Y le llevó a Jesús. Fijó en él Jesús su mirada y le dijo:

«—Tú eres Simón, hijo de Joná, tu te llamarás *Cefas* (que quiere decir Pedro)».

No sólo le adivinó el nombre, si es que no se lo dijo Andrés al presentarlo, sino que le profetizó lo que sería, lo que le había de hacer en su Iglesia, y cómo se llamaría Cefas, Piedra o Pedro, porque sería la piedra fundamental de su Iglesia.

Ya tenía tres jóvenes afiliados en su escuela. Juan, Andrés y Pedro. Y aún creen algunos que lo que hizo Andrés primero (como lo nota San Juan) con su hermano Simón, lo hizo también Juan con su hermano Santiago o Jacobo.

«Al otro día determinó Jesús salir para Galilea» y siguiendo por el Jordán arriba encontró ya en la entrada de su provincia a Felipe, natural de Betsaida, villa situada a las orillas occidentales del lago de Tiberíades, patria de Andrés y de Pedro.

«Díjole Jesús:—Sígueme».

Y le explicó por qué y para qué y quién él era y sus designios, si ya como a amigo y paisano no le explicaron

todo esto, según lo habían oído de Juan, los otros discípulos que con Jesús venían, y le invitaron a que se les juntase y con ellos siguiese a Jesús.

Es notable el proselitismo y celo que en estos discípulos se excitaba desde el primer momento, y el entusiasmo y simpatía ardiente que por su Maestro desde los primeros días experimentaban. Aquél que había de atraerse á sí tantos corazones de toda la tierra, empezaba a apoderarse de ellos.

Felipe en cuanto conoció y se afilió a Jesús, acordó en seguida de su amigo Natanael, y apenas lo encontró le dijo:

«—A aquél de quien escribió Moisés en la Ley y los Profetas, lo hemos hallado, es Jesús, el Hijo de José, Nazareno».

Felipe hablaba de Jesús, según lo que de él se sabía de público.

Debía ser Natanael hombre distinguido y docto, y no sabiendo que hubiese ninguna profecía de Nazaret, dijo a su amigo:

«—Nazareno? ¿Puede salir de Nazaret cosa buena?

»Y le dijo Felipe:—Ven y verás.

»Y cuando Natanael venía le vió Jesús y dijo:—Aquí viene un verdadero Israelita en el cual no hay falsía.

»—¿De dónde me conoces?—le dijo Natanael.

»—Antes que te llamase Felipe,—le dijo Jesús—te he visto cuando estabas bajo la higuera».

Debió haber en estas palabras de Jesús alguna alusión a algún hecho secreto de Natanael. Quizás este sitio de la higuera era oculto y cerrado, y allí recogido Natanael estuvo orando o haciendo alguna cosa buena, suponiendo que nadie podía verle. Ello es que Natanael cayó en la cuenta de la alusión, porque al oír estas palabras del Señor dijo estupefacto:

«—Rabbi (Maestro), tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel...»

»Respondió Jesús y dijo:—Porque te he dicho: Te he visto bajo la higuera, ¿crees? ya verás cosas mayores.

»Y añadió (dirigiéndose a todos):—En verdad: en verdad os digo que veréis el cielo abierto y los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del Hombre».

Llámase aquí por primera vez en el Evangelio Jesús a sí mismo *Hijo del hombre*. De este modo solía él llamarse de ordinario: ocasión tendremos más adelante de explicar el porqué de este misterioso nombre, y la razón de que Jesús siendo Cristo y viniendo a probar que él era el Cristo y exigiendo que por Cristo y por Mesías se le tuviese, nunca sin embargo se diese él a sí mismo este nombre de Cristo, sino más bien otros nombres y muy singularmente el de Hijo del hombre.

Tampoco parece que Natanael, al llamar aquí *Hijo de Dios* a Jesucristo, entendiase este nombre como después lo entendió y lo entendieron todos los discípulos, sino en el sentido de que como Mesías era un varón muy estimado de Dios, y por tanto hijo de Dios por gracia, especial y eminente, sí, y superior a la de los ángeles y demás hombres, como se creía del Mesías, pero no Hijo de Dios por naturaleza. No tenía aún Natanael bastante revelación ni conciencia para saber que Jesucristo era verdadero Hijo de Dios y Dios por naturaleza, como después la tuvo.

En fin, conviene advertir que este Natanael es, según parece el mismo que en el evangelio de San Juan es llamado Natanael, pero que en los evangelios sinópticos es conocido con el otro nombre de Bartolomé Bar-Tolmai, hijo de Tolmai. Y advertimos a los lectores de una vez para siempre, que en el lenguaje teológico se llaman sinópticos los Evangelios de San Mateo, San Marcos y San Lucas, por razones que también en otro sitio quizá explicaremos.

Con estos discípulos entró el Salvador, bien distinto de como había salido, en su provincia de Galilea.

Muchos fueron los que le vieron, los que tal vez se sintieron llamados, los que acaso deliberaron seguirle.

Solos cinco, o seis si acaso, los que sabemos que le siguieron. Pero ya el Carpintero de Nazaret empieza a ser el Maestro de Israel.

## 51. LAS BODAS DE CANÁ

(J. 2, 1-11)

Salió Jesús de Judea después de haber llamado a Felipe, y volvía a Nazaret, no ya como había salido, simple car-